



 María Oruña  
El camino del fuego

DESTINO

Los libros del Puerto Escondido 5

# El camino del fuego

María  
Oruña

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1576

# I

—¿Cree usted que está bien hurgar en el pasado?

—No sé qué quiere decir con hurgar; pero ¿cómo podemos llegar a él si no excavamos un poco? El presente tiene un modo muy duro de pisotearlo.

HENRY JAMES,

*Los papeles de Aspern*, 1888

Que nuestra vida, si resulta breve, no sea de escasa consecuencia. Que, aunque sepamos que solo somos un suspiro en el viento, no permitamos que todos nuestros pasos se deshagan en el aire. Esa era la filosofía de Arthur Gordon, y en ella se aplicaba. Hacía solo unos años que se había quedado viudo de Lucía. Una mujer extraordinaria que, en cuarenta años de unión, le había dado dos hijos y muchos recuerdos a los que aferrarse. Que ella fuese española y él inglés había enriquecido mucho su pequeño universo de hábitos y costumbres. Arthur se había jubilado solo unos meses antes de su pérdida, y de pronto se había encontrado con mucho tiempo libre y pocas ganas de disfrutarlo.

Gracias a las rentas que recibía de su variado patri-

monio y de antiguos negocios inmobiliarios, Arthur vivía de forma holgada; había decidido dejar Londres de manera definitiva para vivir con su madre en Stirling, al sur de Escocia. Allí dejaba crecer su todavía abundante cabellera blanca un poco más de lo habitual y se sentía más libre, más sosegado. Se iba a pescar con su hermano George y terminaba la jornada ante una hermosa chimenea con un buen whisky en la mano. ¿Qué más podía pedir?

Tal vez que regresase Lucía, que ambos pudiesen acariciar juntos aquel tiempo desgastado. Pero él ya sabía que hay luces que solo la muerte puede volver a reunir. Quizás podría desear que sus hijos fuesen más felices, que les sonriese siempre la fortuna; aunque para eso también creía que eran ellos los que debían pautar sus propios caminos. Tras reflexionar sobre su nueva situación, había decidido aprovechar el tiempo de vida que todavía le quedase con un objetivo claro: recuperar en la medida de lo posible el patrimonio familiar y todo lo vinculado al clan escocés de los Gordon, originario de los Borders, al sur de Escocia.

En aquellos instantes Arthur no conducía por territorio sureño, sino por el noreste escocés, con su reluciente y sólido Rover Jet 1 gris plateado. El vehículo, un clásico de 1950 descapotable, circulaba por las enredadas carreteras de las tierras altas con elegancia, como si hubiera sido concebido para deslizarse entre aquellos paisajes rodeados de bosques y montañas. Se dirigía, emocionado, hacia el castillo de Huntly. Su construcción original databa del siglo XII, pero las reformas consecutivas a lo largo de las centurias eran incontables. Había pertenecido a los Gordon hasta mediados del siglo XVII, en una época en que las guerras y los disturbios políticos y religiosos habían terminado con al-

guna ejecución y el castillo vacío durante décadas. El inmueble había sido vendido, y desde aquella primera transacción había pasado por muchas manos; Arthur lo había comprado por un precio razonable a un grupo inversor de un clan ancestralmente enemigo, el de los Forbes.

Transcurridas ya unas semanas desde la adquisición, y aunque el estado del castillo no era deplorable, esa tarde había quedado con un constructor amigo suyo y con un arquitecto de Aberdeen para ver las posibilidades de rehabilitación. Tal vez lo convirtiese en un museo, reservándose algún apartamento. Los turistas pagaban cantidades desorbitadas por entrar en los castillos escoceses, de modo que él solo tenía que buscar y analizar sus puntos fuertes y los elementos diferenciadores con la competencia. Descartaba dedicarlo a la hostelería, porque ya existía un hotel a solo tres kilómetros al otro lado del río, el Sandston; una preciosa y enorme casa de estilo georgiano que había pertenecido a los duques de Gordon hasta el siglo XVIII, aunque ahora también fuese propiedad de los Forbes. Este último detalle resultaba especialmente delicado por causa de aquella vieja enemistad entre las dos familias, pero lo cierto era que los Gordon y los Forbes llevaban ya muchos años sin enfrentamientos de relevancia.

Entretenido con estos pensamientos y justo antes de llegar al castillo de Huntly, Arthur atravesó el imponente pasillo de árboles centenarios que se acomodaban a ambos lados de la carretera. Aminoró la velocidad y aparcó sin gran ceremonia sobre una extensión de gravilla rodeada de césped. Por unos instantes, y como siempre le sucedía, se quedó contemplando la propiedad, que se dibujaba más como un palacio que

como una fortificación defensiva. Eran tres edificios, aunque desde su posición solo podía ver uno: era el principal y más grande, y disponía de cuatro alturas de piedra, que remataban en un enorme tejado de pizarra salpicado de incontables chapiteles del mismo material. La belleza del inmueble era desde luego evocadora, y las inscripciones de su fachada muy poco usuales para un palacio escocés.

Arthur bajó del coche y vio cómo Donald Baird, el constructor, se aproximaba hacia él a buen paso y con unos planos en la mano. Lo conocía desde hacía muchos años por otros trabajos que habían hecho juntos, y suponía que Donald ya debía de estar cerca de la edad de jubilación. Sin embargo, tanto él como el propio Arthur se mantenían en una buena forma envidiable, aunque el constructor era más corpulento y ya había visto cómo comenzaba a rarear su fino cabello rubio, que cada vez se tornaba más claro.

—¡Querido amigo! —exclamó el hombre, con una amplia sonrisa—, pensé que no llegabas nunca... Menos mal que me habías dejado unas llaves —añadió, mostrándoselas, al tiempo que le estrechaba la mano.

—Ah, ¿ya has echado un vistazo? —replicó Arthur sin saludarlo de forma explícita, pero con la franca afabilidad que se adivina en los viejos camaradas.

—Sí... Ya había estudiado los planos que me enviaste al despacho, pero es distinto verlo en directo. Por cierto, corre el rumor de que quieres comprar todos los torreones correosos de los Gordon que queden por Escocia... —añadió en tono jocoso mientras ambos encaminaban sus pasos hacia aquel edificio principal, que era conocido como «el palacio».

—Solo los que resulten rentables, Donald.

—Menos mal, joder. Pensé que te estabas volviendo el típico viejo melancólico.

Arthur se rio de buena gana.

—Eso también.

Los dos hombres caminaron hasta el impresionante torreón de entrada del palacio, que hasta ahora había ocultado los otros dos edificios, de factura más modesta y de poca altura, y que en otra época habían servido de almacén, de vivienda para el servicio y para otras diversas utilidades. Arthur y Donald se detuvieron un rato y mantuvieron una conversación afable en la que, tras confirmar la buena salud de sus familias y lo interesante que podría resultar el proyecto de restauración de aquel viejo palacio, se adentraron en él y ascendieron por su escalera de caracol hasta la segunda planta.

El espacio se mostraba diáfano, pues el anterior propietario se había llevado los muebles; a pesar de que solo había piedra y enormes zócalos de madera cubriendo las paredes por todas partes, las estancias se presentaban acogedoras. Llegaron a la *withdrawing room* de la antigua marquesa de Gordon, que era un salón de pequeño tamaño, retirado, donde en el siglo xvii habían sido recibidas las visitas más privadas. Lo que más destacaba del espacio era una chimenea de piedra que a ambos lados disponía, al mismo nivel, de sendos medallones: uno con la efigie del marqués y otro con la representación de la marquesa del clan. Mientras admiraban la estancia, Donald no dejaba de darle vueltas a una duda que ya le había planteado a Arthur en el trayecto de ascenso por las escaleras.

—¿Ves? Aquí, ¡aquí! Algo no cuadra.

—Pero, Donald, ¿qué es lo que no te encaja?

—dudó Arthur, mirando los planos que su amigo le

mostraba. Después dirigió su atención hacia las esquinas del cuarto—. Si te parece que hay un espacio extraño, te recuerdo que estas paredes son más gruesas de lo normal, y que este edificio fue reformado miles de veces, la última en 1602.

—Ya he visto la inscripción de la entrada, gracias —replicó el constructor, con amable ironía—. No, no es eso. Este edificio ya dispone de contrafuertes suficientes aquí, aquí y allí —indicó, marcando con la mano el plano y señalando a continuación determinados puntos de la estancia. Después dejó la documentación en el suelo y observó la pared que estaba a la izquierda de la chimenea, cubierta de madera con molduras cuadradas desde el suelo hasta el techo. Acto seguido, fue a la estancia trasera de la misma planta y cuando regresó asentía con gestos de cabeza a un asunto que había pensado y que todavía no había compartido.

—Yo creo que hay algo ahí detrás.

Arthur alzó una ceja y después frunció el ceño.

—¿Algo? Algo como qué, ¿un pasadizo?

Donald se encogió de hombros.

—No sé. Podría ser.

—Te recuerdo que este es un edificio protegido, y que en el ayuntamiento ya me han explicado que tendremos que dar cuenta de cualquier modificación estructural no autorizada; no podemos ponernos a hacer butrones alegremente para ver si hay pasadizos imaginarios.

—¿Te crees que no lo sé? —replicó Donald, concentrado y sin dejar de mirar la pared.

Justo en aquel instante llegó James Mayne, el joven arquitecto, que hasta ese momento no conocía en persona ni al constructor ni a Arthur. Se identificó, nervioso.

—Perdonen, yo... Abajo estaba abierto y he subido.

Arthur se presentó y lo recibió con una amplia sonrisa; se mostró encantado de que James pudiese echarles una mano con aquella idea del pasadizo. ¿Sería posible? ¿Se convertiría en un descubrimiento sensacional que atraería a multitud de turistas!

El arquitecto escuchó las explicaciones de Donald e inspeccionó la habitación colindante, que estaba en la misma planta, al otro lado de la pared donde se encontraba la chimenea y, en otro ángulo, de la pared de madera. Después, fijó su atención en los planos. Cuando alzó la mirada, Arthur y Donald esperaban sus comentarios como si se tratase del dictamen de un juez.

—Es difícil confirmar sus sospechas, la forma del edificio es algo retorcida en esta parte... Quizás, por una razón de diseño que se me escapa, consideraron hacer ahí una pared de un grosor mayor de lo necesario, o dieron por perdido un ángulo operativamente inútil... O tal vez se trate de un simple pasillo de una estancia a la otra que fuese cegado por razones de espacio para poder ocupar con mobiliario toda la pared.

—Hijo —replicó Donald, suspirando y cruzándose de brazos—, nos estás estropeando la diversión, ¿sabes?

—Tal vez sea como en las películas y tengamos que mover un candelabro o algo así —especuló Arthur con gesto pícaro.

Donald miró a su alrededor e hizo una mueca.

—Pues estamos fastidiados. Aquí no hay nada. Como no sea en la chimenea...

Los tres hombres se miraron y no tardaron ni dos segundos en encaminarse hacia aquella obra de arte que siglos atrás había dado cobijo al fuego. Si alguien

hubiese entrado en aquel instante en la habitación, se habría sorprendido ante la estampa: un joven y delgado arquitecto inspeccionando las zonas altas y dos sexagenarios haciendo lo propio con las bajas. Presionaron con cuidado sobre los medallones y otros relieves y sobre cada una de las letras de las inscripciones, pues entre los medallones y en el dintel que los cubría las expresiones BYDAND y AVAND DARLY eran todavía legibles como marca indeleble de los Gordon.

—¿Qué significa? —preguntó el arquitecto, estudiando las palabras. Arthur se incorporó y suspiró, aunque fue Donald el que contestó en su nombre.

—¡Qué van a significar, muchacho! «Resistir, luchar, avanzar»... Por Dios, si es el lema de los Gordon, los Gallos del Norte... ¿Nunca lo habías escuchado?

El joven, algo azorado, negó moviendo la cabeza de un lado a otro. Lo cierto era que aquellas expresiones estaban escritas en un viejo dialecto escocés que ni siquiera era exactamente gaélico, así que difícilmente podría haber entendido qué mensaje había sido grabado en la chimenea. A pesar de ello, Donald y Arthur se miraron con triste complicidad, porque sabían que el sentido de los clanes se diluía con el peso de los siglos. Aquel «Resiste y lucha» que era *bydand* y el «Hacia delante» que traducía el *avand darly* no tardarían en ser olvidados. Arthur se desplazó un par de pasos atrás, dando por infructuosa aquella exploración de la chimenea, porque estaba claro que allí no había manivelas ni interruptores secretos. ¿No había sido algo infantil por su parte aceptar siquiera la idea de una entrada oculta, de un pasadizo? Si hubiera algo, ya lo habría encontrado alguien, ¿no? Y la última reforma del edificio había sido para convertirlo en un palacio, no en un castillo con salidas de emergencia.

—Un momento —dijo el arquitecto, que también había abandonado ya la chimenea y se había acercado a la pared de madera—. ¿Y aquí? Hay muchas molduras, sería posible ocultar algún punto en el que hacer presión para abrir una puerta por contrapesos —añadió, más hablando para sí mismo que para Donald y Arthur. Los dos hombres se miraron: ¿por qué no? Un último intento.

Presionaron en todas y cada una de las cuadrículas de madera de aquella gran pared y, al terminar, agotados, comprendieron que en siglos pasados, muy posiblemente, los habitantes de aquel inmueble habrían tenido mejores cosas que hacer que camuflar puertas secretas hacia ninguna parte. Arthur resopló, cansado, y se sentó en el suelo.

—Será mejor que no le contemos esto a nadie. Quedaríamos como unos verdaderos gilipollas.

Donald se apoyó en la pared que les había dado tanto trabajo y sonrió, aceptando la derrota de su búsqueda; después comenzó a reír, porque sabía que había sido él quien había alimentado aquella idea romántica del pasadizo.

—No te rías, que esto ha sido culpa tuya, por meterme tonterías en la cabeza y por...

De pronto, Arthur dejó de hablar y se quedó mirando la pared. Donald y James siguieron el camino de su mirada, que permanecía fija en un punto que no acertaban a determinar.

—¿Qué? —preguntó Donald—; por el amor de Dios, ¿qué ves?, ¿qué pasa?

Arthur se incorporó y se acercó corriendo.

—Por san Andrés, ¡no puedo creerlo! —exclamó, con evidente nerviosismo—. No lo veíamos porque estaba camuflado bajo la moldura inferior de este recua-

dro, ¿veis?, ¡pero que me maten si esto no es una cerradura en miniatura!

En efecto, James y Donald se agacharon y comprobaron que allí había una pequeña cerradura de latón, invisible a los ojos si no se observaba la pared desde un ángulo muy bajo. La labor de un buen cerrajero y de un ebanista de calidad habían preservado la discreción de aquel diminuto cierre de metal. Los tres hombres intercambiaron entonces exclamaciones de sorpresa y alegría, de genuina curiosidad. ¡Era cierto, había algo allí detrás! ¿Qué sería? No podía tratarse de una zona de paso corriente, pues en tal caso la cerradura no habría sido disimulada con tanto esfuerzo y pericia.

Tras discutirlo un rato, Arthur decidió intentar abrirla por sus propios medios. En aquellas circunstancias, ¿quién demonios tendría la sangre fría para esperar a un cerrajero? Donald bajó a su furgoneta y cogió algo de material para hacer un par de intentos antes de llamar a un profesional que les abriese aquel misterio. Una palanca, un martillo, tres alambres... Para su asombro, y con un simple destornillador, tras unos minutos se escuchó un suave clic. Sin embargo, no hubo un solo movimiento, ningún resorte movió el panel que creían camuflado en la pared. Arthur tomó aire y, despacio, empujó el recuadro de madera que estaba sobre la diminuta cerradura. Los tres hombres ahogaron una exclamación de asombro al comprobar como una puerta de buen tamaño se abría con un quejido chirriante.

James fue el primero en reaccionar. Cogió su teléfono móvil del bolsillo y accionó la linterna. Miró a Arthur, que todavía no salía de su asombro y que forzaba la vista para ver qué había al otro lado. Por fin, se recobró de la impresión y tomó su propio teléfono móvil para lograr otro punto de luz, mientras Donald

maldecía haberse dejado el suyo en la furgoneta. Fue él quien empujó del todo aquel panel vertical de falsa pared mientras James y Arthur iluminaban el interior.

—Pero ¿qué cojones...? ¡Por san Andrés!

Arthur no daba crédito. Ante sus ojos se mostraba una estancia que parecía sacada de un cuadro decimonónico. No era grande, pero sí disponía de espacio suficiente para albergar un pequeño escritorio, un sillón orejero y unos cuantos libros. Las paredes estaban cubiertas de estanterías, aunque la mayoría de ellas, curiosamente, estaban vacías; gran parte de los libros que tenían ante sus ojos se encontraban en el suelo o asomando sus formas desde alguna caja de madera.

—¿Qué...? ¿Una biblioteca? ¿Qué coño pinta aquí una biblioteca, si no hay ventanas? —preguntó Donald, casi en una exclamación.

—No tengo ni idea —reconoció Arthur, embriagado por aquella atmósfera lejana a la que habían accedido.

En el aire bailaban motas de polvo, como si el pasado todavía estuviese vivo y en movimiento allí adentro. Sobre los muebles y los libros, sin embargo, la nube de partículas y de viejas pelusas reposaba en completa quietud, como si su calma y silencio fuesen los protectores de un tesoro. A pesar de ello, los colores todavía se podían distinguir: el verde del terciopelo del sillón, el granate de la pluma que reposaba sobre el escritorio, la alfombra de tartán verde y negra. Sobre una mesa baja y diminuta, al lado del sillón, había lo que parecía una lámpara de aceite y un bloque de pasta de lacre junto a un sello de hierro. Los hombres entraron en el cuarto sin dejar de admirarlo y sin entender qué sentido tenía un espacio oculto de aquellas características.

—Parece... No sé, parece como si alguien se estu-

biese instalando aquí y de pronto hubiese dejado de abrir cajas, ¿no? —dudó Arthur, que ya había comenzado, con cuidado, a mirar las cubiertas de los libros. ¿Qué antigüedad tendrían? ¡Allí podía haber una pequeña fortuna!

—A lo mejor ese Gordon del pasado no se instalaba, sino que estaba largándose a toda leche —observó Donald, viendo que las cajas estaban a medio embalar.

Arthur frunció el ceño:

—No era un Gordon.

—¿Qué?

Donald miró a Arthur, que había hablado muy serio mientras observaba algo que iluminaba con su móvil sobre el escritorio. Parecía un bloque ordenado y amarillento de varios folios de gran tamaño. Uno de ellos estaba escrito con caligrafía clara, amplia y angulosa. Arthur sopló cuidadosamente el polvo que reposaba sobre el papel y comenzó a leer en voz alta.

*Huntly, 22 de febrero de 1857*

*Estimado Adam:*

*Tal y como te prometí, viejo amigo, no he tardado en volver al norte. Me encuentro instalándome en el antiguo palacio de Huntly, que he adquirido a los Brodie; ya sabrás que se han marchado a América. Estoy dirigiendo y ultimando los arreglos definitivos, y en una semana vendrá mi mujer con Cassandra, Peter y la señora Paige. Que esta carta sirva como tarjeta de invitación para que tú y Elspeth nos deleitéis con una visita. Iremos a pescar al Deveron, donde verás las truchas y salmones más hermosos que puedas imaginar. El ambiente aquí es tranquilo, de modo que, a pesar de que permanezco en activo, atendiendo las indicaciones del doctor Carlin, que como ya sabes me ha aconsejado reposo.*

*Sin embargo, y aún huyendo del bullicio, debo informarte de que ha sido el mismísimo estrépito el que ha acudido a mi nuevo refugio. Ha llegado a mis manos un manuscrito extraordinario, que creo que te gustará revisar. Me veré en la obligación de comunicar este hallazgo a otros posibles colegas interesados, pues en este negocio solo soy intermediario, pero deseo que seas tú el primer editor en tener conocimiento.*

*Creo que puedo afirmar, sin posibilidad de error, que tengo en mi poder las desaparecidas memorias de Lord Byron. Oportunamente, razonarás conmigo que fueron quemadas hace más de treinta años, pero ambos sabemos de la amplia y presumible posibilidad de que existiesen copias. Con todo, no es una copia lo que yo tengo aquí, querido amigo, sino el original. La caligrafía es inconfundible, el trazo, el estilo. Lo he comparado con varios de los diarios de Byron y no albergo duda alguna. El texto maneja contenidos ciertamente incómodos, pero no creo que resulten excesivos ni contrarios a la moral. Deberemos en todo caso verificar los detalles con Harrison, el abogado que te presenté en Aberdeen, pues habrá que atar los posibles inconvenientes legales antes de avanzar.*

*Por fortuna, y dadas las rarezas y pequeñas fortunas de mi colección, dispongo en Huntly de un cuarto de seguridad oculto que los Brodie han tenido la gentileza de mostrarme y que estoy seguro de que encantará a Cassandra; no creas que es gran cosa, un viejo pasillo reconvertido en poco más que un gran armario y que ahora solo guardaba papeles viejos del clan Gordon, pero estas pequeñas joyas se custodiarán mejor aquí que en mi despacho. Yo mismo he traído hasta este cubículo, a salvo de miradas curiosas, un par de cajas con algunos de los libros de mi colección.*

*En todo caso, y de momento, te ruego la debida discreción sobre este asunto. Confírmame, por favor, cuándo po-*

*drás venir; no me cabe duda de que tus ocupaciones en Inverness serán muchas, pero convendrás conmigo en que la relevancia de este hallazgo merece el esfuerzo. Quiero que revises este material sin falta, y debemos concertar una cita con el dueño del manuscrito, que viajará para la reunión desde Aberdeen.*

*Entretanto, te envío mis mejores deseos de salud para ti y tu esposa, y te confío mi ánimo de que logremos un acuerdo provechoso con este hallazgo, al que calculo un extraordinario valor de mercado.*

*Afectuosamente,*

*Stuart Hamilton*

Cuando Arthur terminó de leer el documento, todos guardaron silencio. Él giró instintivamente la carta, y vio que en el reverso, en una cuadrícula pequeña, indicaba la dirección en Inverness de un tal Adam Chambers; aquella misiva solo estaba pendiente de ser doblada y lacrada para su envío. ¿Sería posible que las famosas memorias de Lord Byron estuviesen en aquel pequeño cuarto? Todo el mundo sabía que su contenido debía de ser escandaloso, pues habían sido quemadas en presencia y con el consentimiento de los mejores amigos del famoso escritor. Por otra parte, ¿qué le habría pasado al tal Hamilton? Estaba claro que no había llegado a comunicar a nadie de su entorno la existencia de aquel escondite, que para él no parecía ser más que una gigante caja fuerte, una extravagancia de la que hacía uso por cortesía de los anteriores inquilinos. Donald, completamente emocionado, se acercó a Arthur y posó las manos sobre sus hombros, agitándolos con energía.

—Joder, ¡Arthur, te vas a hacer de oro! ¿Ves como yo tenía razón? ¡Mira que lo dije, que no me cuadraban

los planos! Ya me regalarás alguno de estos libros, ¿eh? Que si no llega a ser por mí, no encuentras esto ni de broma... Bueno, y por James, ¿eh, James? —añadió, mirando al joven—. ¡Menos mal que insistió en mirar en la pared! Pero bueno, Arthur, ¿qué te pasa? ¡Estás pálido!

Arthur Gordon se limitó a negar con la cabeza. Tal vez necesitase unos segundos para recuperarse de la impresión, de aquella insólita sorpresa. Donald miró a su amigo y después de nuevo a James, que desde que había entrado en la pequeña habitación se encontraba estupefacto, como si no terminase de asumir lo que estaba viendo y viviendo.

—Estáis en shock, ¿eh? —se rio Donald, que disimulaba los nervios con la incontinencia de su discurso—. Venga, vamos a buscar esas memorias, ¡tienen que estar en este cuarto!

—Byron... —murmuró Arthur—. Esto tiene que ser el destino.

—El destino no, que he sido yo quien ha dicho que aquí había gato encerrado.

—No lo entiendes, Donald —negó el otro, recuperando el tono normal de su voz; de pronto, esbozó una amplísima sonrisa—. ¿No te das cuenta? Su familia, la nuestra... ¡Es mi antepasado! ¡Un primo lejano, pero de la familia!

—¿Qué? Tu primo quién, ¿Hamilton?

—No... ¿Quién va a ser? Parece mentira que no lo sepas... ¡Byron!

Donald miró a su amigo y después a James, como si necesitase comprobar que lo que acababa de escuchar era correcto. El gesto de extrañeza y de absoluto desconcierto del tímido arquitecto le confirmó al constructor que no había escuchado mal. Resopló e intentó concentrarse.

—¿Qué coño dices, Arthur? ¿Cómo vas a ser tú familia de Byron? ¡Primos, nada menos! ¿Estamos locos?

Arthur lo tranquilizó con gestos de la mano, y de su serena sonrisa se adivinaba que iba a ofrecer una explicación.

—Primos muy lejanos, pero primos... ¿O es que no sabes cuál era el nombre completo de Byron?

—Joder, ¿y cómo quieres que lo sepa? ¿Tengo pinta de bibliotecario?

—George... —dijo James, que observaba la escena sin dejar de iluminarla con su teléfono móvil, aunque con la claridad que entraba por la puerta y sus ojos ya acostumbrados a la penumbra apenas hacía falta. El arquitecto sonrió y miró a Arthur maravillado, porque acababa de comprenderlo todo. Después, pronunció tres palabras:

—George Gordon Byron.

Donald lanzó al aire un juramento, atónito.

—¿Byron era del clan Gordon? ¡No jodas, Arthur! ¿en serio?

—En serio —le confirmó Arthur, exultante—. ¿No lo ves? ¡Ha sido cosa del destino que yo comprase esta propiedad! Un palacio que ya no era de los Gordon —explicó, caminando por la polvorienta habitación y observándola con gesto fascinado—, y al que el azar y el destino han hecho llegar las memorias de uno de los miembros más notables del clan.

De pronto, Arthur pareció salir de la ensoñación sobre el clan y los mágicos caminos que pautaba el destino y su tono se volvió urgente y pragmático.

—Sí, tenemos que buscar esas memorias, deben de estar por aquí.

En este punto se mostraron todos de acuerdo, y

descubrieron que había menos libros de los que parecía. Tres de las cajas guardaban solo documentos legales, títulos de propiedad y escrituras que parecían muy antiguas; había otros dos cajones de madera, mucho más pequeños y que se intuían más actuales, más propios del siglo XIX, y donde sí había libros. Aquellas dos pequeñas cajas debían de ser las que Hamilton referenciaba en su carta, sin duda. Pero ni rastro de las memorias de Lord Byron. ¿Estarían en algún departamento oculto de la habitación? Habría que examinarla con más detalle y necesitarían tiempo para ello. Arthur procuró serenarse y tomó aire.

—Tengo que llamar por teléfono... —añadió, concentrado—. Guillermo no está —razonó, refiriéndose a su hijo mayor—, pero Oliver sí. Dios mío, ¡no se lo va a creer!

Y así, mientras James y Donald todavía buscaban dónde podían estar aquellas enigmáticas memorias, Arthur salió del cuarto y se quedó a menos de un metro de él para telefonar a su hijo más joven, Oliver Gordon. Cielos, ¡qué asombroso era todo lo que tenía que contarle! Ya solo la idea de reformar aquel viejo castillo de la familia resultaba emocionante, ¡pero lo que acababan de descubrir era extraordinario! Mientras esperaba escuchar su voz al otro lado del intermitente latido del teléfono, Arthur desvió de nuevo la mirada hacia el interior de la pequeña habitación que, como un milagro, había conservado tras una diminuta cerradura de latón el aliento del tiempo.